

va, las hojas.—Se marca con rayitas: tantas cantidades, tantas rayas, y así es más claro... Se da un real, ea.

—¿Pero no ven que está nuevo? Su valor, aquí lo dice: «dos pesetas.»

Regatearon. Almudena conciliaba los intereses de una y otra parte, y por fin quedó cerrado el trato en cuarenta céntimos, con lápiz y todo. Salió del café la Benina, gozosa, pensando que no había perdido el tiempo, pues si resultaban fantásticas las *piedras* preciosas que en montones Mordejai pusiera ante su vista, positivas y de buena ley eran las cuatro perras, como cuatro soles, que había ganado vendiendo el inútil regalo del monomaniaco Trujillo.

## XV

El largo descanso en el café le permitió recorrer *como una exhalación* la distancia entre el Rastro y la calle de la Cabeza, donde vivía la señorita Obdulia, á quien deseaba visitar y socorrer antes de irse á casa, pues era indudable que á la niña correspondía la mitad, perra más ó menos, de uno de los duros de D. Carlos. Á las

doce menos cuarto entraba en el portal, que por lo siniestro y húmedo parecía la puerta de una cárcel. En lo bajo había un establecimiento de *burras de leche*, con borriquetas pintadas en la muestra, y dentro vivían, sin aire ni luz, las pacíficas nodrizas de tísicos, encanijados y catarrosos. En la portería daban asilo á un conocido de Benina, el ciego Pulido, que era también punto fijo en San Sebastián. Con él y con el burrero charló un rato antes de subir, y ambos le dieron dos noticias muy malas: que iba á subir el pan y que había bajado mucho la Bolsa, señal lo primero de que no llovía, y lo segundo de que estaba al caer una revolución gorda, todo porque los *artistas* pedían *las ocho horas* y los *amos* no querían darlas. Anunció el burrero con profética gravedad que pronto se quitaría todo el dinero metálico y no quedaría más que papel, hasta para las pesetas, y que echarían nuevas contribuciones, *inclusive*, por rascarse y por darse de quién á quién los buenos días. Con estas malas impresiones subió Benina la escalera, tan descansada como lóbre-ga, con los peldaños en panza, las paredes desconchadas, sin que faltaran los letreros de carbón ó lápiz garabateados junto á las puertas de cuarterones, por cuyo quicio inferior asomaba el pedazo de estera, ni los faroles sucios que de día semejaban urnas de santos. En el

primer piso, bajando del cielo, con vecindad de gatos y vistas magníficas á las tejas y buhardillones, vivía la señorita Obdulia; su casa, por la anchura de las habitaciones destartalladas y frías, hubiera parecido convento, á no ser por la poca elevación de los techos, que casi se cogían con la mano. Esteras y alfombras allí eran tan desconocidas, como en el Congo las levitas y chisteras; sólo en lo que llamaban gabinete había un pedazo de fieltro raído, ramado de azul y rojo, como de dos varas en cuadro. Los muebles de baratillo declaraban con sus chapas rotas, sus patas inválidas, sus posturas claudicantes, el desastre de sus infinitas peregrinaciones en los carros de mudanza.

La misma Obdulia abrió la puerta á Benina, diciéndole que la había sentido subir, y al punto se vió la buena mujer como asaltada de una pareja de gatos muy bonitos, que mayando la miraban, el rabo tieso, frotando su lomo contra ella. «Los pobres animalitos—dijo la *niña* con más lástima de ellos que de sí misma,—no se han desayunado todavía.»

Vestía la hija de Doña Paca una bata de franela color rosa, de corte elegante, ya descompuesta por el mucho uso, las delanteras manchadas de chocolate y grasa, algún siete en las mangas, la falda arrastrada, revelándose en todo, como prenda adquirida de lance, que á su

dueña le venía un poco ancha, por *aquello de que la difunta era mayor*. De todos modos, tal vestimenta se avenía mal con la pobreza de la esposa de Luquitas.

«¿No ha venido anoche tu marido?—le dijo Benina, sofocada de la penosa ascensión.

—No, hija, ni falta que me hace. Déjale en su café, y en sus casas de perdición, con las *socias* que le han sorbido el seso.

—¿No te han traído nada de casa de tus suegros?

—Hoy no toca. Ya sabes que lo dejaron en un día sí y otro no. No ha venido más que Juana Rosa á peinarme, y con ella se fué mi Andrea. Van á comer juntas en casa de su tía.

—De modo que estás como los camaleones. No te apures, que Dios aprieta, pero no ahoga, y aquí estoy yo para que no ayunes más de la cuenta, que el cielo bien ganado te lo tienes ya... Siento una tosecilla... ¿Ha venido ese caballero?

—Sí: ahí está desde las diez. Con las cosas bonitas que cuenta me entretiene, y casi no me acuerdo de que no hay en casa más que dos onzas de chocolate, media docena de dátiles, y algunos mendrugos de pan... Si has de traerme algo, sea lo primero para estos pobres gatos aburridos, que desde el amanecer no me dejan vivir. Parece que me hablan, y dicen:

«Pero ¿qué es de nuestra buena Nina, que no viene con nuestra cordillita?»

—En seguida traeré para remediaros á todos —dijo la anciana.—Pero antes quiero saludar á ese caballero rancio, que es tan fino y atento con las señoras.»

Entró en el llamado gabinete, y el señor de Ponte y Delgado se deshizo con ella en afectuosos cumplidos de buena sociedad. «Siempre echándola á usted de menos, Benina... y muy desconsolado cuando *brilla usted por su ausencia*.

—¡Que brillo por mi ausencia!... ¿Pero qué disparates está usted diciendo, Sr. de Ponte? O es que no entendemos nosotras, las mujeres de pueblo, esos términos tan *fisnos*... Ea, quédense con Dios. Yo vuelvo pronto, que tengo que dar de almorzar á la niña y á los señores gatos. Y aunque el Sr. D. Frasquito no quiera, ha de hacer aquí penitencia. Le convidó yo... no, le convida la señorita.

—¡Oh, cuánto honor!... Lo agradezco infinito. Yo pensaba retirarme.

—Sí, ya sabemos que siempre está usted convidado en casas de la grandeza. Pero como es tan bueno, se *dizna* sentarse á la mesa de los pobres.

—Consideración que tanto le agradecemos —dijo Obdulia.—Ya sé que para el Sr. de Ponte es un sacrificio aceptar estas pobrezaas...

—¡Por Dios, Obdulia!...

—Pero su mucha bondad le *inspira* éstos y otros mayores sacrificios. ¿Verdad, Ponte?

—Ya la he reñido á usted, amiga mía, por ser tan paradógica. Llama sacrificio al mayor placer que puede existir en la vida.

—¿Tienes carbón?...—preguntó Benina bruscamente, como quien arroja una piedra en un macizo de flores.

—Creo que hay algo—replicó Obdulia;—y si no, lo traes también.»

Fué Nina para adentro, y habiendo encontrado combustible, aunque escaso, se puso á encender lumbre y á preparar sus pucheros. Durante la prosáica operación, conversaba con las astillas y los carbones, y sirviéndose del fuelle como de un conducto fonético, les decía: «Voy á tener otra vez el gusto de dar de comer á ese pobre hambriento, que no confiesa su hambre por la vergüenza que le da... ¡Cuánta miseria en este mundo, Señor! Bien dicen que quien más ha visto, más ve. Y cuando se cree una que es el acabóse de la pobreza, resulta que hay otros más miserables, porque una se echa á la calle, y pide, y le dan, y come, y con medio panecillo se alimenta... Pero éstos que juntan la vergüenza con la gana de comer, y son delicados y medrosicos para pedir; éstos que tuvieron posibles y educación, y no quie-

ren rebajarse... ¡Dios mío, qué desgraciados son! lo que discurrirán para matar el gusanillo... Si me sobra dinero, después de darle de almorzar, he de ver cómo me las compongo para que tome la peseta que necesita para pagar el catre de esta noche. Pero ¡ay! no... que necesitará ocho reales. Me da el corazón que anoche no pagó... y como esa condenada Bernarda no fía más que una vez... será preciso pagarle toda la cuenta.. y á saber si le ha fiado dos ó tres noches... No, aunque yo tuviera el dinero, no me atrevería á dárselo; y aunque se lo ofreciese, primero dormía al raso que cogerlo de estas manos pobres... ¡Señor, qué cosas, qué cosas se van viendo cada día en este mundo tan grande de la miseria!»

En tanto el lánguido Frasquito y la esmirriada Obdulia platicaban gozosos de cosas gratas, harto distantes de la triste realidad. Desde que vió entrar á la Providencia, en figura de Benigna, sintióse la niña calmada de su ansiedad y sobresalto, y el caballero también respiró por el propio motivo feliz, y se le alegraron las pajarrillas viendo conjurado, por aquel día, un grave conflicto de subsistencias. Uno y otro, marchita dama y galán manido, poseían, en medio de su radical penuria, una *riqueza* inagotable, efficacísima, casi acuñable, extraída de la mina de su propio espíritu; y aunque usaban

de los productos de este venero con prodigalidad, mientras más gastaban, más superabundancia tenían sus caudales. Consistía, pues, esta riqueza, en la facultad preciosa de desprenderse de la realidad, cuando querían, trasladándose á un mundo imaginario, todo bienandanzas, placeres y dichas. Gracias á esta divina facultad, se daba el caso de que ni siquiera advirtiesen, en muchas ocasiones, sus enormes desdichas, pues cuando se veían privados absolutamente de los bienes positivos, sacaban de la imaginación el cuerno de Amaltea, y lo agitaban para ver salir de él los bienes ideales. Lo extraño era que el Sr. de Ponte Delgado, con tener tres veces lo menos la edad de Obdulia, casi la superaba en poder imaginativo, pues en la declinación de la vida, se renovaban en él los aleteos de la infancia.

D. Frasquito era lo que vulgarmente se llama *un alma de Dios*. Su edad no se sabía, ni en parte alguna constaba, pues se había quemado el archivo de la iglesia de Algeciras donde le bautizaron. Poseía el raro privilegio físico de una conservación que pudiera competir con la de las momias de Egipto, y que no alteraban contratiempos ni privaciones. Su cabello se conservaba negro y abundante; la barba, no; pero con un poco de betún casi armonizaban una con otro. Gastaba melenas, no de las románti-

cas, desgrednadas y foscas, sino de las que se usaron hacia el 50, lustrosas, con raya lateral, los mechones bien ahuecáditos sobre las orejas. El movimiento de la mano para ahuecar los dos mechones y modelarlos en su sitio, era uno de esos resabios fisiológicos, de *segunda naturaleza*, que llegan á ser parte integrante de la primera. Pues con su melenita de cocas y su barba pringosa y retinta, el rostro de Frasquito Ponte era de los que llaman *añados*, por no sé qué expresión de ingenuidad y confianza que veriais en su nariz chica, y en sus ojos que fueron vivaces y ya eran mortecinos. Miraban siempre con ternura, lanzando sus rayos de ocaso melancólico en medio de un celaje de lagrimales pitañosos, de pestañas ralas, de párpados rugosos, de extensas patas de gallo. Dos presunciones descollaban entre las muchas que constituían el orgullo de Ponte Delgado, á saber: la melena y el pie pequeño. Para las mayores desdichas, para las abstinencias más crueles y mortificantes, tenía resignación; para llevar zapatos muy viejos ó que desvirtuaran la estructura perfecta y las lindas proporciones de sus piececitos, no la tenía, no.

## XVI

Del arte exquisito para conservar la ropa no hablemos. Nadie como él sabía encontrar en excéntricos portales sastres económicos, que por poquísimo dinero *volvían* una pieza; nadie como él sabía tratar con mimo las prendas de uso perenne para que desafiaran los años, conservándose en los puros hilos; nadie como él sabía emplear la bencina para limpieza de mugres, planchar arrugas con la mano, estirar lo encogido y enmendar rodilleras. Lo que le duraba un sombrero de copa no es para dicho. Para averiguarlo no valdría compulsar todas las cronologías de la moda, pues á fuerza de ser antigua la del chisterómetro que usaba, casi era moderna, y á esta ilusión contribuía el engaño de aquella felpa, tan bien alisada con amorosos cuidados maternos. Las demás prendas de ropa, si al sombrero igualaban en longevidad, no podían emular con él en el disimulo de años de servicio, porque con tantas vueltas y transformaciones, y tantos recorridos de aguja y pases de plancha, ya no eran sino sombra de

lo que fueron. Un gabancillo de verano, clarucho, usaba D. Frasquito en todo tiempo: era su prenda menos inveterada, y le servía para ocultar, cerrado hasta el cuello, todo lo demás que llevaba, menos la mitad de los pantalones. Lo que se escondía debajo de la tal prenda, sólo Dios y Ponte lo sabían.

Persona más inofensiva no creo haya existido nunca; más inútil, tampoco. Que Ponte no había servido nunca para nada, lo atestiguaba su miseria, imposible de disimular en aquel triste occidente de su vida. Había heredado una regular fortunilla, desempeñó algunos destinos buenos, y no tuvo atenciones ni cargas de familia, pues se petrificó en el celibato, primero por adoración de sí mismo, después por haber perdido el tiempo buscando con demasiado escrúpulo y criterio muy rígido un matrimonio de conveniencia, que no encontró, ni encontrar podía, con las gollerías y perendengues que deseaba. En la época en que aún no existía la palabra *cursi*, Ponte Delgado consagró su vida á la sociedad, vistiendo con afectada elegancia, frecuentando, no diré los salones, porque entonces poco se usaba esta denominación, sino algunos estrados de casas buenas y distinguidas. Los verdaderos salones eran pocos, y Frasquito, por más que en su vejez hacía gala de haber entrado en ellos, la verdad era que ni

por el forro los conocía. En las tertulias que frecuentaba y bailes á que asistía, así como en los casinos y centros de reunión masculina, no digamos que desentonaba; pero tampoco se distinguía por su ingenio, ni por esa hidalga mezcla de corrección y desgaire que constituye la elegancia verdadera. Muy estiradito siempre, eso sí; muy atento á sus guantes, á su corbata, á su pie pequeño, resultaba grato á las damas, sin interesar á ninguna; tolerable para los hombres, algunos de los cuales verdaderamente le estimaban.

Solo en nuestra sociedad heterogénea, libre de escrúpulos y distinciones, se da el caso de que un hidalguete, poseedor de cuatro terruños, ó un empleadillo de mediano sueldo, se confundan con marqueses y condes de sangre azul, ó con los próceres del dinero, en los centros de falsa elegancia; que se junten y alternen los que explotan la vida suntuaria por sus negocios, ó sus vanidades, ó bien por audaces amorios, y los que van á bailar y á comer y á departir con las señoras, sin más objeto que procurarse recomendaciones para un ascenso, ó el favor de un jefe para faltar impunemente á las horas de oficinas. No digo esto por Frasquito Ponte, el cual era algo más que un pelagatos fino en los tiempos de su apogeo social. Su decadencia no empezó á manifestarse

de un modo notorio hasta el 59; se defendió heroicamente hasta el 68, y al llegar este año, marcado en la tabla de su destino con trazo muy negro, desplomóse el desdichado galán en los abismos de la miseria, para no levantarse más. Años antes se había comido los últimos restos de su fortuna. El destino que con grandes fatigas pudo conseguir de González Bravo, se lo quitó despiadadamente la revolución; no gozaba cesantía, no había sabido ahorrar. Quedóse el cuitado sin más rentas que el día y la noche, y la compasión de algunos buenos amigos que le sentaban á su mesa. Pero los buenos amigos se murieron ó se cansaron, y los parientes no se mostraban compasivos. Pasó hambres, desnudeces, privaciones de todo lo que había sido su mayor gusto, y en tan tremenda crisis, su delicadeza innata y su amor propio fueron como piedra atada al cuello para que más pronto se hundiera y se ahogara: no era hombre capaz de importunar á los amigos con solicitudes de dinero, vulgo *sablazos*, y sólo en contadisimas ocasiones, verdaderos casos críticos ó de peligro de muerte, en la lucha con la miseria, se aventuró á extender la mano en demanda de auxilio, revistiéndola, eso sí, para guardar las formas, de un guante, que aunque descosido y roto, guante era al fin. Antes se muriera de hambre Frasquito, que hacer cosa

alguna sin dignidad. Se dió el caso de entrar disfrazado en el figón de Boto, á comer dos reales de cocido, antes que presentarse en una buena casa, donde si le admitían con agasajo, también lastimaban con crueles bromas su decoro, refregándole en el rostro su gorronería y parasitismo.

Con angustioso afán buscaba el infeliz medios de existencia, aunque fueran de los menos lucrativos; pero la cortedad de sus talentos dificultaba más lo que en todos los casos es difícil. Tanto revolvió, que al fin pudo encontrar algunos empleillos, indignos ciertamente de su anterior posición, pero que le permitieron vivir algún tiempo sin *rebajarse*. Su miseria, al cabo, podía decorarse con un barniz de dignidad. Recibir un corto auxilio pecuniario como pasante de un colegio, ó como escribiente de unos boteros de la calle de Segovia, para llevarles las cuentas y *ponerles* las cartas, era limosna ciertamente, pero tan bien disimulada, que no había desdoro en recibirla. Arrastró vida misera durante algunos años, solitario habitante de los barrios del Sur, sin atreverse á pasar á los del Centro y Norte, por miedo de encontrar *conocimientos* que le vieran mal calzado y peor vestido; y habiendo perdido aquellos acomodados, buscó otros, aceptando al fin, no sin escrúpulos y crispaduras de nervios, el cargo de comi-

sionista ó viajante de una fábrica de jabon, para ir de tienda en tienda y de casa en casa ofreciendo el género, y colocando las partidas que pudiera. Mas tan poca labia y malicia el pobre-cillo desplegaba en este oficio chalanesco, que pronto hubo de quedarse en la calle. Ultimamente le deparó el cielo unas señoras viejas de la Costanilla de San Andrés, para que les llevara las cuentas de un resto de comercio de cerería, que liquidaban, cediendo en pequeñas partidas las existencias á las parroquias y congregaciones. Escaso era el trabajo; mas por él le daban tan sólo dos pesetas diarias, con las cuales realizaba el milagro de vivir, agenciándose comida y lecho, y no se dice casa, porque en realidad no la tenia.

Ya desde el 80, que fué el año terrible para el sin ventura Frasquito, se determinó á no tener domicilio, y después de unos dias de horrosa crisis en que pudo compararse al caracol, por el aquél de llevar su casa consigo, entendiéndose con la *señá* Bernarda, la dueña de los dormitorios de la calle del Mediodía Grande, mujer muy dispuesta y que sabia distinguir. Por tres reales le daba cama de á peseta, y en obsequio á la excepcional decencia del parroquiano, por sólo un real de añadidura le dejaba tener su baúl en un cuartucho interior, donde, además, le permitía estar una hora todas las mañanas

arreglándose la ropa, y acicalándose con sus lavatorios, cosméticos y manos de tinte. Entraba como un cadáver, y salia desconocido, limpio, oloroso y reluciente de hermosura.

La restante peseta la empleaba en comer y en vestirse... ¡Problema inmenso, álgebra imposible! Con todos sus apuros, aquella temporada le dió relativo descanso, porque no sufría la humillación de pedir socorro, y malo ó bueno, tuerto ó derecho, tenia el hombre un medio de vivir, y vivía y respiraba, y aun le sobraba tiempo para dar algunas volteretas por los espacios imaginarios. Su honesto trato con Obdulia, que vino del conocimiento con Doña Paca y de las relaciones comerciales de las viejas cereras con el *funerario*, suegro de la niña, si llevó al espíritu de Ponte el consuelo de la concordancia de ideas, gustos y aficiones, le puso en el grave compromiso de desatender las necesidades de boca para comprarse unas botas nuevas, pues las que por entonces prestaban servicio exclusivo hallábanse horrorosamente desfiguradas, y por todo pasaba el menesteroso, menos por entrar con feo pie en las regiones de lo ideal.